Palabras de Santiago Grisolía con motivo del homenaje a Lluís Alcanyís
(Hospital Lluís Alcanyís, Xàtiva. 29 de noviembre de 2006)

Se ha previsto que sea yo quien hable de Lluís Alcanyís como médico, y no soy la persona más indicada. Lo que haré será una reflexión en voz alta sobre el triste destino de nuestro personaje, y un poco sobre el nuestro. Yo me licencié en medicina, pero nunca he hecho de médico. Lo más cerca que estuve de practicar el oficio fue en mi adolescencia, cuando me pusieron de auxiliar en el hospital de guerra de Cuenca. Para lavar heridas y cambiar vendas, y luego para ayudar en el quirófano. No quiero ni recordarlo. Un hospital de guerra cerca del frente es un mundo de espanto. Yo era un chico, y ya se sabe que de chicos todos somos muy inconscientes y muy duros, por eso mismo. Pero a mi aquella experiencia me quitó la vocación. Pobres soldados. Mi vocación de siempre han sido la investigación y la bioquímica, y ahora mi forma de ejercer esta profesión es tratando de hacer un servicio a la comunidad, desde mi experiencia. Profesor viene de profesión, por eso a mi me gusta llamarme así. Ese servicio es asesorar y reunir a personas que pueden favorecer la investigación científica, y en general la difusión del pensamiento racionalista, porque pienso, entre otras cosas, que los descubrimientos científicos traen adelantos, que son la forma más legítima que tenemos de ayudar a mejorar las vidas de las personas. La verdad es que hoy casi todos comemos y vivimos de esos adelantos. Pero fíjense que he dicho: "pienso que pueden"; no he dicho que lo crea, o que tenga fe. Es mi forma de hacer profesión de racionalismo, y el racionalismo empieza por la duda. Además, con los años, las fes se pierden; por suerte, aunque nos duela, porque entonces empezamos a mirar, y, a veces, hasta vemos algo. Por la manía de la fe, precisamente, y por la manía del uniformismo, un mundo de ciegos quemó vivo al pobre catedrático Lluís Alcanyís, que, para más oprobio, lo más probable es que fuese un buen cristiano, incluso a lo mejor era una buena persona, y que desde luego era un individuo valioso para su ciudad y para su país.

Lluís Alcanyís fue un médico prestigioso a caballo entre la tradición medieval y el nuevo enfoque del humanismo. Fue un maestro y un divulgador de cultura, y en algunas cosas un innovador, no estrictamente como científico, pero sí como profesor. Lo que sabemos de su obra científica está en la introducción de José María

López Piñero a una edición moderna de su libro sobre la peste. Muchos de ustedes deben conocer ese trabajo del amigo López Piñero, que es historiador de la medicina y podría haberles hablado mejor que yo de la doctrina de nuestro paisano, de su mezcla de dogmatismo escolástico y de incipiente enfoque práctico, y también de su lastre de superstición religiosa, en parte sincera, y en parte, quizás, impuesta por una autocensura que, al final, de nada le sirvió. Tampoco le sirvieron sus versos a la Virgen María para demostrar su sincera adhesión a la ortodoxia. De todas formas, los méritos de Alcanyís, aparte de su triste final, fueron suficientes para que todavía ahora nos acordemos de él. Pero a los inquisidores, y supongo que a mucha más gente, esos méritos no les importaban lo más mínimo. También se perdió a Vives, y eso que ganaron en Brujas, en Lovaina y en Oxford. Se perdió a mucha gente valiosa, no sólo entonces, también en los siglos siguientes. Ha hecho falta mucho tiempo para que recuperáramos cierto nivel cultural. En cuanto al atraso político, ha hecho falta todavía más. También en mi juventud, después de la guerra, se produjo una de estas pérdidas masivas de inteligencia. Hace poco, en un comunicado del Consell Valencià de Cultura, recordábamos a los intelectuales exilados en el 39. Uno de estos fue mi maestro el profesor Ochoa. Otro, el primer presidente del Consell Valencià de Cultura, el poeta Gil-Albert, que sufrió dos exilios seguidos, uno en Méjico y otro en su propia tierra. Pero quizá el ejemplo más grave es el de uno de los eslabones más humildes, pero fundamentales, de la cadena de la transmisión cultural, el representado por los "maestros de escuela". El cuerpo de magisterio quedó absolutamente mutilado. Lo mismo pasó en los institutos y en las universidades. Fue un tiempo en el que, en las aulas y también en los cerebros, la cruz no sólo era más importante que el microscopio, sino que se abominaba del microscopio. En su opúsculo sobre la peste, Alcanyís recomendaba la comunión como una buena práctica preventiva de la enfermedad. Lo creía de veras, o se creía obligado a decirlo. Pero un poco más adelante también recomendaba, con mejor criterio, no acercarse a los apestados, y no comer ni beber nada que proviniese de lugares afectados por aquella "putrefacción del aire" a la que su escuela atribuía la plaga. Ese segundo criterio práctico, más científico porque se basaba en la observación y en la experiencia, y que de todas formas también es compatible con el error, tardó mucho en ver reconocida su mayor fiabilidad. Todavía hoy libra una batalla de resultados desiguales. Todavía hoy hemos de convivir con viejos y nuevos dogmas impuestos, y todo porque lo bueno que tiene la fe, para algunos, es

que es más fácil controlar a la gente haciéndola creer que haciéndola pensar. Cuando, además, se consigue hacer pasar a las creencias por pensamientos, y a los sacerdotes por directores espirituales, entonces el espíritu se pierde, y nosotros con él. Tanto es así, que yo no sé exactamente por qué se eliminó a Lluís Alcanyís. Como persona de éxito, hasta quizá por su misma condición de protoburgués ilustrado, ya era sospechoso, y seguro que tenía enemigos. Todos los tenemos. Pero su condición de criptojudío era, y es, más que dudosa, lo que no impidió que fuese una buena excusa. A nosotros, al menos por ahora, eso ya no nos importa. Estaría bueno que a estas alturas nos pusiéramos a tomar en serio a las razas, y a suponerles defectos o virtudes. Pero aquella sociedad valenciana de finales del siglo XV y principios del XVI estaba comida y reconcomida por el miedo. Era lo que se pretendía. Seguro que Maquiavelo tiene alguna página sobre eso. Cuando el pueblo está comido por el miedo se devora a si mismo. En los autos de fe, no sólo se mataba el cuerpo de los supuestos disidentes, también se mataba el espíritu de los espectadores. Porque el miedo es una forma de dolor, y el dolor no deja pensar. Eso son dos verdades terribles. Hace algún tiempo, me interesé mucho por impulsar las investigaciones sobre la violencia humana. De una larguísima conversación con un hijo mío sobre esta preocupación nació un proyecto, que luego se concretó en la fundación del Centro Reina Sofía de Estudio de la Violencia. Los daños más duraderos que produce la violencia son los psicológicos. A veces pasan de generación en generación. Es una especie de pedagogía diabólica, esa que se resume en la frase con la que todos los verdugos se justifican ante sus víctimas: "Así aprenderás". Por eso antes las ejecuciones eran públicas, y en los países en los que todavía se practican, aunque ya no se hagan en las plazas, de todas formas se rodean de mucha publicidad. Para que todos aprendamos. Y para que, encima, todos nos sintamos cómplices. Dando un salto a la experiencia de mi generación, pienso que eso del daño social que provoca el miedo es algo de lo que también ahora deberíamos investigar entre todos, aprovechando el movimiento civil para la recuperación de la memoria histórica. No para castigar ni humillar a nadie, al cabo de tanto tiempo, sino para comprender mejor el porqué de algunos de nuestros vicios y nuestras debilidades políticas.

En su tiempo, la persecución de herejes y de infieles por la Inquisición impuso a la sociedad un gran uniformismo, a falta de igualdad y de fraternidad. Quizá por eso

también trajo mucho empobrecimiento, no sólo cultural, y sobre todo moral; también económico. Porque les advierto que la inteligencia y la cultura son moneda contante y sonante. Incluso hay expertos que pueden calcular el know how en dólares. Por ejemplo, se estima que el rapto de científicos sufrido por Alemania sólo a manos de americanos y británicos, sin contar los rusos, después de la Segunda Guerra Mundial, supuso para el país una pérdida de cien mil millones de dólares de los de ahora. Yo conocí a alguno de estos científicos en los Estados Unidos. Se les deben algunos adelantos importantes, en investigación espacial, y en otros campos. Por ejemplo, uno de ellos fue uno de los responsables de la invención de los circuitos integrados, que todos conocemos con el nombre de "microchips". Sin ellos, la revolución informática no hubiera sido posible, y estamos todavía en el principio del cambio que esa revolución representa para la humanidad. Los americanos no son tontos. Ahora bien: si en los años cincuenta del siglo pasado, apenas una década después de la guerra, ya se hablaba del "milagro alemán", imagínense ustedes lo que hubieran podido hacer los alemanes sin la pérdida de tantos de sus mejores científicos. Imaginemos nosotros lo que hubiesen podido hacer en nuestro país el humanismo y su revolución cultural y científica, lo que hubiese podido ser, por ejemplo, la Primera Germanía, sin la pérdida de inteligencia y de riqueza que supuso aquella persecución. Y no me refiero sólo a los muertos y a los exilados. Me refiero a la mutilación intelectual y espiritual de nuestros antepasados y de sus instituciones, de todos los que no fueron víctimas de ninguna hoguera en particular, pero sucumbieron al resplandor de todas ellas.

Para terminar, diré que los aniversarios de muertes son siempre más tristes que los aniversarios de nacimientos. Aunque se trate de personas que vivieron en épocas lejanas. En el caso de Lluís Alcanyís, este aniversario no sólo tiene ese punto de tristeza; también tiene una buena dosis de horror. Pero no lo digo para que nos avergoncemos de nuestros antepasados. Lluís Alcanyís también fue antepasado nuestro. Tampoco lo digo para que les echemos la culpa de algunos de nuestros problemas. No es su historia lo que forma nuestra herencia, sino la lección que sepamos sacar.

Muchas gracias.